



GENERAL
MANUEL ANDRADE PARRAGA
1863-1867.

gado con su espada la espalda del Lugar-teniente del imperio, que sólo podía despreciarlo.

“El General Díaz convocó una junta de guerra en la cual todos los Jefes republicanos compitieron en rasgos de valor y patriotismo.

“En esa junta el General en Jefe, después de presentar todos los peligros que había en levantar el sitio, propuso el asalto inmediato de la plaza.

“Alatorre, lleno de entusiasmo, se puso en pié, aceptando el plan, que fué aprobado por aclamación. Es que la suerte estaba echada, y allí era preciso vencer ó morir.

“En el campo, sin embargo, se ignoraba la resolución tomada por los Generales, por haber guardado éstos una profunda reserva.

“Hasta creyeron muchos que se levantaba el sitio, sobre todo al ver que algunos carros se movían colocándose tras el cerro de San Juan.

“Los imperialistas, al ver aquellos aprestos, no podían disimular su gozo, tal vez por haber sabido también la aproximación de Márquez.

“En la noche del día 1º de Abril, cerca de las 12, el General Alatorre, en Jefe de la primera División de Infantería, dictaba por acuerdo del General Díaz, las disposiciones necesarias.

“Se señaló al General Cravioto el asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla, al General Carrión el de las trincheras de las calles de Belem é Iglesias, y el de la brecha abierta en la manzana de Malpica: á Mier y Terán las de la calle de Miradores: á Carbó, que se posesionase del Noviciado, y á Carlos Pacheco, que sólo era entonces Comandante de Batallón, que tomase la trinchera de la Siempreviva.

“El General Juan C. Bonilla debía asaltar el parapeto del costado de San Agustín, en tanto que Figueroa, Andrade, León, Vázquez, Aldama y otros jefes debían hacer igual movimiento por el Oriente de la ciudad.

“Alatorre, con la reserva, debía ocurrir al punto donde fuera preciso el auxilio.

“Trece eran las principales columnas dispuestas para aquel ataque general, que tenía la insensatez del heroísmo.

“La noche se pasó en un silencio profundo, los sitiadores inmóviles en las sombras sin saber lo que iba á pasar, y los sitiados aguardando con exclusiva vigilancia, como si adivinasen el peligro.

“A las tres y media de la mañana del día 2, una inmensa hoguera brotó en la cima del Cerro de San Juan, desgarrando con sus rayos las espesas sombras del horizonte.

“Era la señal del asalto.

“Al verla, los jefes de las columnas lanzaron éstas, terribles, indomables sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados los recibieron con un fuego tan contínuo, que apenas se escuchaba la detonación incesante de seis mil fusiles.

“La ciudad parecía alumbrada por un volcán, á la vez que sobre ella se levantaban la gritería de los combatientes, el sonido de los clarines y los lamentos de los heridos.

“Las calles quedaron muy pronto regadas de cadáveres, sin que por eso se detuvieran las columnas que llegaban despedazadas y sangrando á las trincheras, pero que asaltaban éstas matando á sus defensores.

“En Belem murió Rodríguez, Acuña en la calle de Iglesias, Vázquez en la calle de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban.

“Bonilla barrió con la bayoneta al enemigo que en número superior quiso detenerlo; Figueroa venció cuanto obstáculo le opusieron los imperiales, á la vez que Doroteo León llegaba casi á la plaza y Terán mandaba repicar á vuelo en la primera iglesia que ocupó.

“En la calle de la Siempreviva la defensa fué casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven Comandante, en medio de un ciclón de balas y metralla, arrastró á sus soldados marchando al frente de ellos; fué herido, pero volvió á la carga: adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse, hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera.

“Tendido en una camilla saludó Pacheco á sus tropas, victoreó á la República y fué conducido al hospital, donde sufrió una doble amputación, en un brazo y una pierna.

“Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aún duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en la Merced, que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Carmen que resistió más tiempo aún.

“Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos y los asaltantes que primero penetraron al recinto fortificado, atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándolos á sucumbir.

“Por fin, á las primeras luces de la mañana todas las columnas diezmadas por el cañón y la bayoneta, se agrupaban en la Plaza de Armas de Puebla en torno del General Díaz, que acababa de dar á la Patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.

“El General Díaz, después de haber ocupado á Puebla el 2 de Abril de 1867 por el asalto más audaz y heroico que se registra en nuestra historia militar, comenzó sus operaciones sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto con tal vigor, que en la noche del 3 al 4 se rindió el segundo, que ocupó personalmente el General Díaz, intimando desde allí rendición al de Guadalupe.

“Mandaba ese punto el Jefe imperialista Francisco de P. Tamariz, el cual, comprendiendo lo útil de la defensa quiso capitular,

obteniendo sólo algunas garantías, y salió á conferenciar á la orilla del foso con el caudillo republicano.

“Pero éste exigió la rendición sin condición alguna: entonces Tamariz, aceptando la responsabilidad entera, presentó su espada al vencedor, quien lleno de nobleza le contestó que la conservara como una concesión á su valor.

“El General en Jefe tornó á la ciudad llevando á su lado á sus dos prisioneros los Generales imperialistas, Tamariz y Noriega, y se dirigió al Obispado, donde estaban encerrados los demás prisioneros.

“La ciudad entera esperaba la ejecución sangrienta de los centenares de reos de infidencia, sobre los cuales pesaba la ley de 25 de Enero; pero el General Díaz “que no había nacido para carcelero ni para verdugo,” según dijo á los Jefes de su séquito que lo rodeaban, mandó retirar la guardia y poner á los prisioneros en libertad. Estos, delirantes de júbilo, lanzaron un hurra inmenso, victoreando á la República que les otorgaba tan amplio perdón, y al Jefe que así interpretaba los sentimientos tan nobles y levantados del pueblo mexicano.

“El General Díaz terminó su obra dando el 4 de Abril una circular á los Comandantes militares de los Estados de su mando, previniendo quedasen en libertad de residir en el lugar que eligieren los prisioneros hechos por el Ejército de Oriente en las batallas de Miahuatlán, de la Carbonera y en la toma de Oaxaca y en el asalto de Puebla, quedando únicamente bajo la vigilancia de la autoridad y á disposición del Gobierno General.

“Eran las ráfagas consoladoras del perdón, irradiando sobre los laureles de la victoria.

“Pero en tanto, el General Díaz reorganizaba violentamente la administración pública, y su Ejército diezmado en el asalto.

“Reemplazaba sus numerosas bajas con los soldados del enemigo que voluntariamente querían servir en las filas republicanas, dando su baja á los que querían volver á sus hogares. Reponía su armamento y sus municiones con el numeroso parque encontrado en los almacenes de Puebla; se vistió y equipó la tropa y se organizó la artillería tomada á los imperialistas.

“Y el mismo día 3 de Abril el General Díaz hizo salir por la mañana, la caballería en observación de Márquez y en seguida se puso en marcha para alcanzarla en Apizaco: al siguiente día marcharon la infantería y la artillería.

“En la Hacienda de Guadalupe tuvo noticia Márquez de la toma de Puebla; pero sabiendo cuán inferiores en número eran á las suyas las tropas republicanas, y que aún resistían los fuertes de Loreto y Guadalupe, pensó avanzar hasta Apizaco.

“Así al menos lo dijo en sus partes á la llamada regencia; pero la verdad es que buscaba el rumbo de Veracruz tomando por Hua-

mantla: era una marcha estratégica, preparatoria de la fuga, lo cual, así estaba conforme con las tradiciones militares del chacal del clero.

«Pero los republicanos adivinaron el intento de aquel miserable, y con movimientos rápidos y hábiles, forzando las marchas y caminando sin cesar, lograron cortar el paso al asesino de Tacubaya.

«Porfirio Díaz con su habilidad acostumbrada calculó que Lalanne era el que primero podía encontrarse con Márquez por estar más próximo: y aunque el valiente Coronel de la República sólo contaba con un puñado de hombres, el General en Jefe le ordenó que se dejara derrotar, pero que detuviera algunas horas al enemigo, á fin de que pudiera darle alcance el Ejército de Oriente.

«Lalanne con un heroísmo sublime cumplió con la orden recibida: y aunque apenas llevaba novecientos hombres, detuvo á los seis mil de Márquez, batiéndose con desesperación, hasta quedar hecho pedazos en la más gloriosa de las derrotas.

«Vencido este obstáculo creyó Márquez poder continuar adelante, cuando en San Diego del Notario se le interpusieron las caballerías que expedicionaban en el Valle, y que iban á unirse al General Díaz.

«Márquez supo también que las caballerías de Guadarrama, que el General Escobedo había enviado en observación desde Querétaro, venían á su espalda.

«Entonces el Lugar-teniente del austriaco sintió el vértigo del pánico sacudir su alma, y comenzó á hacer marchas rápidas, buscando por donde escaparse.

«Por fin llegó con toda su fuerza al caer la tarde del día 8 á la Hacienda de San Lorenzo, donde hizo alto, permaneciendo allí el día 9: es que ya había encontrado una salida por donde emprender la fuga, sacrificando á su ejército.

«Porfirio Díaz que había venido cercándolo, dispuso seis columnas de ataque, avanzó su artillería y comenzó á cañonear el campo imperialista. Hubiera podido batir en el acto á Márquez, quien desmoralizado y esparciendo en sus tropas el miedo de que se hallaba poseído, no hubiera podido resistir el empuje de los soldados que acababan de asaltar á pecho descubierto los invencibles muros de Puebla.

«Pero el General Díaz quería encerrar en un círculo de acero á aquel cobarde, y aguardaba la llegada de Guadarrama que debía cortar la retirada de los traidores. Y continuó extendiendo su línea por los flancos, para circunvalar la Hacienda de San Lorenzo.

«Situada esta finca al pie de la Cordillera de la Sierra donde se levantan el Popocatepetl y el Iztatzihual, es un punto extratético para una resistencia tenaz.

«Las tropas republicanas ocupaban las lomas de los cerros inmediatos, y marchando por los flancos y aprestándose á descender al llano iban cercando al Lugar-teniente.

«Este pensó entonces que los magníficos cuerpos con que contaba, sobre todo los extranjeros, se batieran hasta el último extremo, mientras él tomaba una vereda para fugarse.

«Los imperialistas y la legión extranjera se parapetaron en los magueyales, defendiéndose heroicamente de nuestras guerrillas y tiradores.

«La acción iba empeñándose, y el General Díaz, viendo el entusiasmo de sus tropas, creyó que debía apresurar el desenlace, aún antes de que llegaran las caballerías de Guadarrama.

«Las columnas republicanas bajaban rápidamente de las lomas, y una corona de fuego brillaba en la circunferencia del Valle, envuelto ya en nubes de humo.

«Pero también el cielo comenzaba á velarse por una de esas tempestades de nuestro clima: y cuando el General Díaz iba ya á lanzar sus columnas sobre el enemigo, seguro de destrozarlo sin el auxilio de las caballerías, la lluvia acompañada de una fuerte granizada se desató á torrentes.

«El relámpago brillaba continuo y deslumbrador y el trueno retumbaba sin intermitencias, en tanto que el granizo enorme y abundantísimo lo cubría todo, azotando el rostro de los soldados y haciendo imposible la marcha.

«La acción tuvo que suspenderse, á la vez que la noche cubría todo con sus impenetrables sombras, sin que cesara la lluvia.

«Así terminó el día 9 de Abril, resuelto el General Díaz á arrojar sobre Márquez en la madrugada del siguiente día.

«Al amanecer el día 10, la Hacienda de San Lorenzo estaba sola: Márquez, aprovechando la noche, había hecho salir sus tropas por la montaña, y fraccionándolas, envió el grueso de ellas por un rumbo mientras que él, con algunos cuerpos escogidos que le cubrieran la espalda para correr mejor, siguió por el camino de Calpulalpam. Además, había hecho que marchara primero un escuadrón de húngaros escoltando un carro con dinero, para que fuera atacado y ocupar así á los republicanos.

«En esos momentos aparecieron las avanzadas de Guadarrama frente al campo republicano.

«En el acto el General Díaz se lanzó con las caballerías sobre Márquez, alcanzando á los fugitivos un poco antes de la Hacienda de San Cristóbal.

«Es que el Lugar-teniente, para ir más ligero, había mandado incendiar el parque, y la humareda denunció el camino por donde se escapaban los traidores.

«En San Cristóbal, el Coronel republicano Martínez, con un cuerpo de rifleros, logró detener al ejército imperialista que como una avalancha se precipitaba por allí: la resistencia de Martínez tuvo por objeto dar tiempo á que Guadarrama y Leyva entraran al combate con sus divisiones.

«Pero Márquez, aterrorizado, sólo pensaba ya en salvarse: y desbarrancando su artillería pesada, que no pudo pasar por el puente de San Cristóbal destruído con anticipación, y abandonando el mando, huyó á uña de caballo.

«Los imperialistas eran mexicanos, y avergonzados con la cobardía de su Jefe, se batieron con denuedo: sólo el 10 de infantería flaqueó ante el espantoso fuego de los rifles de Spencer de la caballería de Guadarrama, y el batallón, en trozos, se entregó prisionero.

«Entonces los cuerpos de cazadores y húngaros que tenían sufrir la suerte de los soldados extranjeros derrotados en San Jacinto, continuaron batiéndose con desesperación y como unos héroes.

«En esos momentos llegó el General Porfirio Díaz con el grueso de las tropas que lo victoreaban, y arrollándolo todo, pasó sobre los restos del puente, haciendo retroceder á los cuerpos extranjeros. Estos disputaron palmo á palmo el terreno, y dejando éste sembrado de cadáveres, abandonaron en el tránsito del puente su artillería gruesa é intentaron dar con la artillería de montaña una carga sobre los republicanos que los quemaban.

«Pero se vieron de nuevo obligados los imperiales á retroceder, llegando á Texcoco la división de Márquez, reducida á los cuerpos húngaros y austriacos: continuaban éstos, sin embargo, disputando no la victoria, sino la derrota, hasta que fueron barridos por la caballería republicana que, lanceando al enemigo, quitó á éste el resto de su artillería y sus equipajes, haciéndole más de trescientos muertos y mil prisioneros.

«Al penetrar los republicanos á Texcoco, Mucio Maldonado, el intrépido guerrillero que hacía cuatro años combatía por la independencia como un héroe, cayó muerto, atravesado por dos balazos en el corazón. Así vino á terminar su carrera de gloria en el suelo mismo que lo vio nacer.

«El cadáver del guerrillero, que había caído entre los húngaros, fué disputado por sus soldados á lanzazos y rescatado al fin.

«Pero los batallones y los regimientos húngaros estaban rendidos de cansancio, y los soldados se apoyaban en las cercas del camino, en las paredes de la ciudad, donde eran acuchillados sin misericordia.

«Era la revancha de cinco años de carnicería ejecutada por los invasores y los traidores en los defensores de la patria.

«Texcoco fué ocupado al fin y los restos mutilados de la brillante división de Márquez se retiraba en dispersión, huyendo unos en las embarcaciones de la laguna, perdiéndose otros en las escabrosidades de las montañas que rodean el Peñón.

«De Márquez no quedaba ni huella; hacía muchas horas que había pasado á escape por las calles de Texcoco, llegando á esconderse á México durante las primeras horas de la noche.

«Al penetrar como una tromba las fuerzas republicanas á Texco-

co, tocando á degüello y dando gritos de triunfo, todavía fueron sacrificados los soldados extranjeros que allí y en los alrededores habían quedado dispersos.

«Era la embriaguez de catorce horas de combate, en un trayecto de diez á doce leguas.

«Al fin, el General en Jefe, en la plaza de la población, rodeado de su Estado Mayor, mandó recoger los cuerpos y sólo Leyva continuó persiguiendo á los dispersos hasta el Peñón Viejo; en tanto la capital temblaba aterrada por la vergonzosa y sangrienta derrota de Márquez en San Lorenzo, aguardando ser invadida por el vencedor.»

* *

«Reunidos precipitadamente los recursos que proporcionó el préstamo, Márquez salió de México en la mañana del 30 de Marzo, con una fuerza de tres mil y tantos hombres, con diez y siete piezas de artillería, llevando de segundo á D. Miguel Andrade, de Mayor general á D. Luis Arrieta, de Comandante general de artillería, á D. Mauricio Graf, y de Comandante general de ingenieros á D. Juan Alvarez.

«Márquez emprendió su marcha por el camino de Apam, llegando la noche del 30 la primera brigada á Tultepetlac y las demás tropas á San Cristóbal Ecatepec. El 31 se rindió la jornada en Otumba; el 1º de Abril en la Hacienda de San Lorenzo, y el 2 en la Hacienda de Soltepec. Allí tuvo el Lugar-teniente la noticia de que las tropas republicanas habían tomado la ciudad de Puebla y que la guarnición imperialista se había reconcentrado en los fuertes de Loreto y Guadalupe, Efectivamente, al saber el General Díaz el movimiento de Márquez, resolvió activar las operaciones á fin de frustrar las consecuencias que en caso contrario hubiera tenido la aproximación de la columna enemiga. En la noche del 1º de Abril se acordó el plan, que debería ejecutarse al día siguiente y que consistía en un ataque falso al convento del Carmen, punto el más avanzado al Sur de la ciudad, con objeto de llamar la atención del enemigo, y en seguida dar el asalto por toda la línea del Oeste y del Sureste á trece puntos diferentes, escogidos de tal manera que al ocupar las posiciones más débiles se asegurase la sorpresa á la retaguardia de las más fuertes. A las tres de la mañana del día 2 rompióse el fuego de cañón, y después de media hora se hizo el movimiento aparente por el avance sucesivo de tres columnas hacia la brecha. Dada luego la señal convenida, las numerosas columnas que habíanse deslizado en silencio, se adelantaron rápidamente por todos lados á la línea fortificada. Terrible fué la resistencia que opusieron los sitiados; sin embargo, el valiente jefe D. Carlos Pacheco, herido ya de un brazo, ocupó el punto de la Siempreviva, recibiendo en aquel momento otra herida en la pierna, al mismo tiempo que varias co-

lumnas rompían la línea y atacaban por la retaguardia una fuerza que quedó prisionera. La guarnición se retiró entonces á los cerros de Loreto y Guadalupe, rindiéndose el día 4 al caudillo vencedor, por no ser ya posible la defensa. Al verificarse la toma de la plaza y en medio del fragor de la contienda, fueron fusilados varios de los oficiales imperialistas que cayeron prisioneros, entre ellos D. Febronio Quijano y D. Mariano Trujeque; pero calmado el primer arrebato, el General Díaz trató con mucha humanidad á los jefes que sin condición se habían sometido, concediéndoles su libertad, y exigiéndoles sólo que se pusieran á disposición del Supremo Gobierno si así lo ordenaba.

«No obstante la noticia de la toma de Puebla, Márquez avanzó el 3 á la Hacienda de Guadalupe, en donde se detuvo ocupando las alturas inmediatas. Sin saber á que atenerse, pues ninguno de los correos enviados para adquirir informes ciertos había regresado, celebró una junta con los principales jefes para ver si convenía continuar á Puebla ó contramarchar á México.

«El 5 siguió la columna á la Hacienda de San Diego Notario, en donde retrocedió el 6, adoptando ya la idea de volver á la capital; pero apenas había andado una legua cuando vió acometida su retaguardia por una fuerza republicana de dos mil hombres. Márquez que disponía de un número mayor de tropas, se defendió con buen éxito, pero al llegar á la Hacienda de (Sotoluca) Tochaé tuvo que sostener un nuevo ataque dado por la caballería que formaba la vanguardia del Ejército de Oriente. El 7 continuó su retirada la división imperialista yendo á pernoctar en la Hacienda de la Luz, y el 8 en la mañana, al llegar á Sotoluca se encontró con una fuerza de infantería y caballería á las órdenes de D. Jesús Lalanne, que se había movido de Tepeji del Río para detenerla, dando lugar á que se avistasen la tropas que venían en su persecución.

«Márquez, sin embargo, logró abrirse paso; pero dos horas después de haber llegado á la Hacienda de San Lorenzo, sufriendo su vanguardia los tiroteos de la fuerza de Lalanne, apareció el grueso del ejército republicano. Los imperialistas se pusieron luego en actitud de resistir; mas el General Díaz permaneció á la vista de la caballería, que al mando de Guadarrama había enviado Escobedo para impedir que Márquez volviera á Querétaro. Así se pasó todo el día 9; y al notar el jefe imperialista en la tarde de ese día el aumento de fuerzas enemigas, que tomando excelentes posiciones hacían indefectible su derrota, resolvió continuar la retirada por el camino de Texcoco á cuyo fin salió á media noche el Coronel Wickemburg con una compañía de húsares, que pudo cruzar una barranca en medio de los fuegos enemigos, llegando á México en la mañana del día 10. Entre tanto el Teniente coronel Kevenhüller, que seguía á Wickemburg con el regimiento de húsares, retrocedió á San Lorenzo, en la creencia de que la compañía que iba de vanguardia

hubiese sido destrozada. Entonces Márquez emprendió la marcha á las cuatro de la mañana del día 10 por el camino de Calpulalpam, al mismo tiempo que avanzaban las municiones por el de Otumba. No tardó en ser reconocido de los republicanos aquel movimiento, é inmediatamente se desprendieron escalonadas las caballerías de Guadarrama en pos de los fugitivos, á quienes alcanzaron cerca de Calpulalpam, en los momentos de pasar una barranca, en donde Márquez arrojó toda su artillería y municiones.

«Cortados los batallones de Ixmiquilpan y Tlalpam, que formaba la retaguardia del ejército imperialista, el resto, hartamente mermado ya, siguió constantemente hostilizado hasta un pueblecillo cerca de Texcoco, de donde se adelantó Márquez, dejando el mando al Coronel Arrieta, y presentándose acompañado de unos cuantos á las puertas de la Capital, en la noche del 11. Entre tanto la columna continuó su marcha sin detenerse, y el 12 al medio día entró en México con un efectivo de mil y tantos hombres sin artillería ni municiones. El resultado de la expedición no podía haber sido más desastroso; el imperio había perdido su última carta, y no era ya posible abrigar la más ligera ilusión de que prolongase su precaria existencia. Quedaban sin embargo por representar las últimas escenas de aquel drama sangriento, pues parece que el partido conservador se había propuesto dejar un último inequívoco testimonio de sus rencores implacables y de su absoluta impotencia.»

Antes de publicar los partes oficiales que se refieren á tan brillantes hechos de armas, así como las listas en que constan los nombres de los valientes asaltantes, conveniente me parece reproducir el juicio histórico y conmemorativo que el Sr. General Sóstenes Rocha publicó en el periódico *El Combate*, número 57, correspondiente al día 1º de Abril de 1888.

La galanura del estilo y la sencillez con que está redactado, sin omitir detalles importantes, reclaman la atención de la posteridad, que será el juez incorruptible de este proceso de sangre, de este espantoso crimen, y de la vergonzosa conducta de los infidentes á la patria.

«Entre los brillantes hechos de armas que tuvieron lugar en la época de la gloriosa guerra de Intervención, debemos mencionar con orgullo el asalto dado por fuerzas republicanas del Cuerpo de